

LIBROS

Un libro de cuentos de Daniel Guebel

Parodias fantásticas

EL SER QUERIDO,

de Daniel Guebel
Sudamericana, 1992, 170 páginas

Autor de las novelas *Arnulfo o los infortunios de un príncipe* y *La Perla del Emperador* y de la nouvelle *Los elementales*, Daniel Guebel aborda ahora un género (el cuento) que parece encontrar en la literatura argentina renovación y presencia continuas. *El ser querido*, sin embargo, es un libro ambicioso que rehúye, por distintos motivos, una clasificación demasiado ortodoxa.

Escritos en los bordes de las denominaciones de fantásticos, de horror, humorísticos o paródicos, estos cuentos desplazan los límites de una tipología y construyen, con los materiales que le proporciona la misma literatura, su mundo particular. Y, en conjunto, marcan una intención, un tipo de apuesta y de riesgo.

Lo fantástico teñido de horror de "El ser querido", la distorsionada lección del maestro de "El genio secreto", la guerra de Malvinas en doble versión: grotesca en "Impresiones de un natural nacionalista" y como fondo romántico (hay que ver lo que este término puede resultar en Guebel) en "El amor de Inglaterra", las sutilezas en "La investigación del reflejo absoluto" o el eco del *Bartleby* de Melville en "Una vida", en suma, este cóctel literario de Guebel da buen resultado porque, afortunadamente, se apoya en una voz narrativa de enorme potencia. Si Guebel resulta, como hemos dicho, un escritor ambicioso, es porque esta aspiración encuentra

su fundamento en una prosa omnívora, en expansión, que trabaja con el revés de las tramas. Prosa unificada en la mirada del narrador que toma datos de un entorno realista y los combina con referencias literarias para ubicarlos después en una secuencia fantástica o paródica, muchas veces sorprendente.

La lectura de *El ser querido* se da en un cruce: por un lado, el entretreído de referencias sobre el cual el autor se deja caer con toda confianza, como un trapicista en la red; por el otro lado, la inversión.

Guebel establece con el lector un claro contrato de lectura que sobreentiende una cierta biblioteca común, apelando permanentemente a una segunda significación. El libro cree en un lector minoritario e ideal —el crítico—, aquel que pueda recibir y responder cada guiño, muchas veces los del propio autor que irrumpen en el texto como las directas referencias al ambiente literario porteño (Nina Pucci, conductora de un programa cultural por TV); las combinaciones excéntricas, los cruces y ecos de Bioy Casares y de Henry James; las escenas de la vida del escritor Felisberto Hernández protagonizadas por el personaje Felisberto Hernández, etcétera.

En este sentido diríamos que el libro abusa de la remisión, la más evidente es la que lleva a la ubicua sombra de Borges que, como la del padre de Hamlet, parece recorrer las páginas pidiendo venganza. Sin embargo, los relatos van más allá y sorteando el requisito de la cita reconocible, consiguen su propia autonomía y admiten otro tipo de lectura.



Daniel Guebel

En cuanto a la inversión, se trata de un recurso clásico del grotesco paródico: lo de abajo, arriba; el mendigo, rey; lo serio, risible. Pero puede ser más que eso. Escribe Frederick Tristan que, sobrepasando su aparente simplicidad, el mecanismo de la inversión es uno de los topos esenciales del pensamiento ya que, mediante él, es posible sacar lo interior al exterior, ruptura que provoca una re-valoración del mundo. Este artificio parece connatural a la prosa de Guebel. En mayor o menor medida está presente en casi todos los cuentos, pero es en el desopilante "Impresiones de un natural nacionalista" donde se explaya su *monde à l'envers*: un argentino de bota de potro y florete es el disparatado protagonista de una narración en la cual los argentinos han ocupado por siglo y medio la Isla de Man, que patriotas ingleses intentan recuperar. El tema de las Malvinas vuelve como telón de fondo en el cuento "El

amor de Inglaterra", donde Guebel, librado de su aparente necesidad de guiar contraseñas continuas al lector, se deja ir en su propia escritura y construye una historia de amor que es tal vez uno de los mejores textos del volumen.

Si por una parte estos relatos des-cuentan, como dijimos, la complicidad de un lector parecido al de las novelas policiales, sabio en colaborar con la trama, atento a los indicios y que ríe con el autor, por otro lado, la imaginación verbal de Guebel consigue independizarse de sus fuentes, y crea, mediante el humor o lo fantástico, historias que se acercan con naturalidad a un lector menos iniciado. Doble envío difícil de lograr que pone a Daniel Guebel en un lugar expectante dentro de la última narrativa argentina y que nos compromete, como lectores, con el proyecto de una singular obra en curso.

Sylvia Iparraguirre